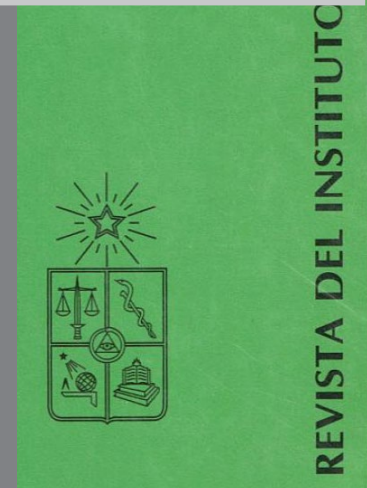


Manos Editoriales





Indexar o ¿morir?

Hans Stange

Profesor Asistente, Universidad de Chile, Chile
hstange@uchile.cl

En el año 2008 acepté el encargo de editar *Comunicación y Medios*, la revista académica sobre comunicación más antigua del país y que había tenido una notable trayectoria entre los años ochenta y comienzos de los noventa en tanto publicación que alojaba los primeros trabajos importantes de los profesores de periodismo de la Universidad de Chile de la época que se empezaron a preocupar científicamente sobre el fenómeno de la comunicación. Me refiero a artículos sobre semiología, lingüística, textos sobre la teoría de la información, sobre cuestiones de legislación de prensa, libertad de expresión, etcétera... Dichos trabajos servían, principalmente, al propósito de legitimar el lugar de la comunicación en la universidad, que uno percibía hasta ese momento minusvalorada en tanto ámbito de conocimiento universitario y, por decirlo coloquialmente, "mirada en menos", por sociólogos, economistas e, incluso, los propios periodistas, bajo la noción de que la comunicación no ameritaba un campo teórico propio y de que el periodismo, más que una profesión, era un oficio. Muchos periodistas sostenían esa idea.

La revista se interrumpió el año 1993 y se volvió a editar el año 2000, coincidiendo con el proceso institucional que transformó a la antigua Escuela de Periodismo en una unidad dentro del nuevo y flamante Instituto de la Comunicación e Imagen. En ese contexto, no sólo la carrera de Periodismo se

revitalizó, sino que también se abrieron la carrera de Cine y Televisión, el magíster en Comunicación Política, el postítulo en Cine Documental (que luego se transformó en magíster en Cine Documental), dando forma a las escuelas de pregrado y de postgrado del Instituto tal como los conocemos ahora. Este proceso de independencia y crecimiento institucional y académico transcurre durante la primera mitad de la década de los 2000.

En este marco, *Comunicación y Medios* se propuso reflejar este nuevo impulso a los estudios de la comunicación en la Universidad de Chile, dando espacio, además, a una perspectiva sobre la comunicación que promovía el cuerpo académico que organizaba los estudios del área del ICEI en ese momento. Me refiero, principalmente, a Carlos Ossa, Carlos Ossandón, Eduardo Santa Cruz, Guillermo Sunkel, Loreto Rebolledo, Rafael del Villar y Juan Pablo Arancibia, influidos por la perspectiva de los estudios culturales, inscritos en la tradición crítico-culturalista de la comunicación, bajo el enfoque de Jesús Martín-Barbero. Según Martín-Barbero, la comunicación es un lugar estratégico para pensar la sociedad y, por lo tanto, no se limita a los estudios sobre periodismo ni sobre medios, sino que se abre a unas interacciones provocativas entre comunicación, sociedad, arte y cultura. Si uno revisa los monográficos de esa época, la revista abordó cuestiones como la participación democrática, la globalización, la transición, los estudios visuales, la comunicación política, dando señales evidentes de esta nueva perspectiva para comprender la comunicación como un fenómeno amplio, complejo, pero al mismo tiempo central para entender la sociedad contemporánea. Una

perspectiva que no se limitaba a los medios o, en otras palabras, que rehuía el medio-centrismo.

La revista dejó de tener continuidad después del 2006 por problemas de los cuales no estoy plenamente en conocimiento, así que no me referiré a ellos. Así, el año 2008 se me encargó asumir su edición. Yo no tenía, prácticamente, experiencia previa en trabajo de edición. Por lo tanto, la revista fue un aprendizaje para mí y lo agradezco mucho. Durante los años previos a asumir como editor, había realizado algunos trabajos acotados editando cuadernos de investigación del Centro de Estudios de la Comunicación que existía a la sazón en el ICEI y habíamos hecho un trabajo interesante divulgando el quehacer de los académicos adscritos a dicho centro, algunos estudios por encargo y, sobretodo, dándole visibilidad a los trabajos de los estudiantes.

Yo creo que por esa razón, por los buenos resultados de esos modestos cuadernos, se me ofreció hacerme cargo de la revista. Los objetivos eran principalmente dos. El primero era mantener la línea de la revista en términos editoriales, es decir, esta mirada amplia y compleja sobre el fenómeno de la comunicación. Pero, en particular, se me pidió profesionalizar la revista. O, en otras palabras, introducir la revista a los procesos de normalización editorial que se empezaban a utilizar preferentemente en todas las publicaciones académicas, “normalizar” la revista, esto es, incorporar en el trabajo editorial el uso de elementos como los resúmenes y los metadatos y organizar el flujo del trabajo editorial. Ello con miras al propósito mayor que era la indexación, es decir, transformar a *Comunicación y Medios* en una publicación con las características de las revistas “científicas” que son comunes en prácticamente todas las áreas de conocimiento y de investigación académica y con las cuales hoy estamos familiarizados.

La artesanía

Durante todo el primer año me dediqué a sentar las bases y armar ese proceso. En 2008, de hecho, publicamos un solo número: Durante el primer semestre de ese año me dediqué a leer todas los números de la revista publicados previamente, a conocer el pro-

ceso de indexación, a interiorizarme en el manejo de los procesos editoriales, a aprender respecto de los roles que era necesario organizar. Fue una tarea tremenda. Ardua. Debí, por ejemplo, reorganizar el comité editorial de la revista que hasta el 2006 estaba nominalmente conformado por un grupo de unos veinte académicos de mucho renombre y adscripciones internacionales. Sin embargo, muchos de ellos estaban ahí sólo nominalmente: no participaban de reuniones editoriales ni evaluaban artículos ni sugerían números monográficos. Al mismo tiempo, era necesario construir una nómina de evaluadores para los artículos, de manera de implementar el sistema de revisión de pares por doble ciego. Ello implicaba, a su vez, construir una rúbrica de evaluación. En otras palabras, era un trabajo que me tomó mucho esfuerzo y tiempo que fue, también, un proceso de aprendizaje y resultó tremendamente gratificante. En el camino, aprendí mucho del funcionamiento interno de las revistas académicas y de sus aspectos positivos así como de aquellos que no lo son tanto.

Podría afirmar que en ese período logramos grandes cosas. Una de ellas fue, precisamente, conformar un comité editorial realmente activo, que encarnaba en la trayectoria de sus integrantes lo que queríamos desarrollar como perspectiva de la revista y que, eventualmente, también se involucraba en las revisiones de los artículos. Logramos constituir una lista de pares evaluadores, que durante algún tiempo funcionaron perfectamente bien como comisión científica para los dictámenes y referatos de los artículos que se sometían a evaluación. Logramos, por lo tanto, constituir un flujo editorial que, por primera vez, funcionaba de manera más o menos automatizada; no sin dificultades, ciertamente, pero que funcionaba bastante bien.

En ese sentido, conseguimos “profesionalizar” el proceso. Incorporamos los títulos en inglés y en español, los resúmenes de los artículos en inglés y en español, comenzamos a utilizar los metadatos para la indexación de la revista. Normalizamos en un formato único (APA) el estilo de las citas y referencias, estandarizamos más o menos la extensión de los artículos y tratamos de organizar y de mantener, en ese sentido, más o menos todas las secciones habituales de una revista de este tipo las que podían dividirse en una sección general o monográfica de artículos, una sección de referencias. Ahí sacrificamos, lamentablemente y a mi pesar, aunque no fue una decisión que tomé individualmente, las entrevistas, que era



una sección que la revista tenía previamente y que, a mi entender, era muy importante.

Probablemente el mayor logro en este período fue la implementación del sistema OJS, sigla de *Open Journal System*, que es un software de código libre que la universidad comenzó a implementar para la comunicación de todas sus revistas académicas y que permitió, a su vez, tenerla en línea. De hecho, hasta el año 2006, la revista existía solamente en papel y algunos artículos que habían sido previamente escaneados y archivados en formato *.pdf* podían consultarse a través del antiguo sitio *web* de la Escuela de Periodismo, aunque los números completos no estaban disponibles, por ejemplo.

Hicimos un enorme trabajo y necesario digitalizando toda la colección de los números anteriores; es decir, todos los artículos publicados entre el año 1981 y el año 2006 se les hicieron metadatos, se organizaron los números para que quedaran disponibles en línea, de manera abierta y gratuita. Hoy, es posible consultar y acceder en el sitio *web* de la revista no solamente las ediciones actuales o más recientes, sino que la colección completa de *Comunicación y Medios*. Esto es, considero, un gran logro de la revista en esta etapa.

Incorporamos la revista a la Red Latinoamericana de Publicaciones Científicas que comenzó a articularse en esos años al alero de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación (ALAIIC) y en la que también participaban varias revistas de la red de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación (FELAFACS). Estos esfuerzos nos permitieron internacionalizar relativamente el comité editorial y, al mismo tiempo, darnos cuenta de que lo que nosotros estábamos haciendo era un proceso por el que estaban transitando muchas otras revistas en las facultades de comunicación de América Latina del momento.

En la época, abagué, sin mucho éxito, por la total digitalización de la revista, propuesta que fue rechazada pues se insistió en que la revista debía imprimirse. Esta decisión acarreó grandes dificultades para, por ejemplo, el proceso de indexación de la revista. La persistencia en imprimir la revista estresó el exi-

guo presupuesto que, además, apenas se ajustaba a lo que se hacía antes y que incluía imprimir entre trescientos y quinientos ejemplares y no contemplaba financiamiento para formar un equipo de trabajo, incluyendo un asistente editorial, por ejemplo, un rol clave en el funcionamiento del proceso editorial de una publicación como ésta.

**una buena
Comunicación y
Medios, hacia el
futuro, podría ser
una revista que
pudiera expresar
claramente una
visión determinada
acerca del campo
de la comunicación.
Que exprese, como
publicación, un
punto de vista. Que
pudiera recuperar,
a lo mejor, un
sentido crítico
espeso, profundo,
en la selección de
sus artículos.**

En ese momento, yo figuraba en la revista como editor general. Sin embargo, en la práctica, era la única persona encargada de la revista. Entonces, en ese marco, se trataba de un trabajo muy voluntarista, de la misma manera en que había trabajado Carlos Ossa en la etapa previa, llevando la revista y empujándola a punta de empeño personal, con un presupuesto mínimo. En mi experiencia, solicité presupuestos para el trabajo editorial de la revista, distintos al financiamiento destinado a su impresión. Y en esos tres años de gestión, entre el 2008 y el 2011, durante los cuales trabajamos bajo ese esquema, nunca se consiguió un presupuesto estable para el trabajo editorial y la impresión de la revista en papel se tragaba todo el financiamiento de ésta. Una fracción se destinó a pagar por la vía de honorarios modestos a la diseñadora encargada de la diagramación, Alicia San Martín, quien fue un gran pilar para la revista, pues no solo maquetó cada número, sino que creó una nueva imagen para la revista, organizó el nuevo formato de la página, ajustó el tamaño de la hoja y encontró una tipografía y una diagramación que fuera amable tanto para la impresión como para la versión digital de los textos. Alicia realizó un trabajo que vale mucho más que los honorarios que recibió.

Todo el resto del equipo que colaboró en la revista, en distintos momentos, con distintos factores, lo hicieron restándole horas a sus respectivos trabajos, apoyando desde sus unidades, sin contar con horas o jornadas propias, reconocidas, para la revista. Entre ellos quiero mencionar a Loreto Rico, que me ayudó muchísimo con la digitalización de los números antiguos, a Cristian Calabrano de la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo, que nos asistió en levantar la plataforma OJS, a capacitarnos en su uso, y a Alejandro Morales, a quien debo mucho en el aprendizaje de la gestión de las revistas digitales y que en esa época trabajaba en el Sistema de Información y

Bibliotecas de la Universidad, lo que supuso un gran apoyo para el soporte informático de la revista. Gracias a ello hicimos todo el trabajo de la revista en esa época a punta de pura voluntad, desde la capacitación para utilizar el formato OJS, hasta los trámites para obtener el ISSN electrónico.

Lidiar constantemente con un presupuesto exiguo impidió organizar un equipo editorial en propiedad. Habría sido ideal, por ejemplo, contar con subeditores para cada sección y con un asistente editorial que pudiera encargarse de mantener un contacto fluido con los autores y los pares evaluadores, el flujo del proceso editorial (si se enviaron y recibieron las evaluaciones, si faltan evaluadores, si los artículos ya tienen una revisión completa para emitir un dictamen, etc.), chequear que se cumplieran los plazos comprometidos por la revista para responder a los autores, que éstos entregaran a tiempo sus correcciones y, con ello, permitir que el editor general —o sea, yo— dedicara el tiempo que requieren los procesos de gestión editorial e indexación. Habría sido más adecuado trabajar de esa manera: Contar con un presupuesto más holgado, publicar la revista exclusivamente en formato digital y sin la obligación de, dos veces al año, llamar a licitaciones públicas para imprimir, dedicarle tiempo y esfuerzo a las gestiones administrativas de aquéllo e, incluso, revisar las galeras. En una ocasión, la licitación se la adjudicó una imprenta ubicada en Paine (en las afueras del Gran Santiago). Fui en tren hasta allá para revisar las galeras de la revista y dar el visto bueno para su impresión. En otras palabras, hubiera sido fabuloso que *Comunicación y Medios* contara con un equipo y un presupuesto adecuado para las tareas que nos habíamos impuesto.

Todo ello incidió en que, por ejemplo, los números 21 al 24 (correspondientes a los años 2011 y 2012) fueran publicados con retraso. Entonces, y a pesar que la revista cumplía con los criterios que exigía la indexación, que se había normalizado, se había profesionalizado, no conseguimos sostener la periodicidad de la revista, uno de los criterios que los procesos de indexación toman en consideración. Por lo tanto, sin poder garantizar la periodicidad, impidió indexar la revista en ese momento.

Yo renuncié a la edición de la revista el año 2012, tras editar el número 24. La profesora Lorena Antezana asumió, entonces, el desafío de editar *Comunicación y Medios*. Consciente de los obstáculos para

el funcionamiento fluido de la revista, interiorizándose del trabajo ya avanzado y estructurado, bajo su gestión como editora las autoridades del ICEI aceptaron la publicación exclusivamente digital de la revista, lo que significó reasignar el presupuesto al trabajo editorial y no a la impresión de *Comunicación y Medios*. Lo que permitió a Lorena contar con un asistente editorial y cumplir con los plazos de periodicidad mínimos exigidos. Ella y, luego, Javier Mateos, quien asumió como editor tras la gestión de la profesora Antezana, lograron colocar la revista en las plataformas de indexación que tienen hoy día a *Comunicación y Medios* como una de las revistas centrales del campo. Me gusta pensar que, si bien durante mi período como editor no conseguí indexar la revista, sí senté las bases para que ese proceso editorial se hiciera de buena forma. Hoy, la revista está en SciELO, en el *Web of Science* (ESCI), en Clase y en Latindex. Ésta última fue una indexación que alcancé a tramitar bajo mi gestión como editor, igual como su incorporación a Dialnet. Por lo tanto, contribuimos a ubicar a la revista en el estatus que hoy tiene.

Por qué y para qué

Tengo sentimientos encontrados por la forma en que se abordó el proceso de indexación, no solamente en el Instituto de la Comunicación e Imagen, sino que en muchas universidades, distintos departamentos y numerosas unidades académicas. El proceso de indexación se asumió como una necesidad fundamental para acreditar las universidades, las facultades, los institutos, los departamentos y las unidades académicas, en general. Y se hizo todo lo posible por entrar en los índices.

Al transformarse en un criterio para las acreditaciones, las indexaciones de las publicaciones académicas comenzaron a considerarse indicadores de *calidad científica*, en lugar de ser considerados sólo como lo que son: instrumentos bibliométricos. La consigna era “indexarse o morir”. De alguna manera, siento, eso desdibujó y desperfiló las líneas editoriales de las revistas y, al mismo tiempo, en algún grado, desvinculó a las revistas académicas de las instituciones que las editan. Hay una serie de normas que desembocan en aquello: por ejemplo,



la mayoría de los autores no debe estar adscrita a la institución que edita la revista o dar preferencia a los textos que informan sobre resultados de investigación en desmedro de otros géneros de escritura. Si uno toma al pie de la letra estas orientaciones, que fue un poco lo que nos ocurrió entre el 2010 y el 2012, el centro de la preocupación es que los artículos recibidos cumplan con las normas editoriales y la pregunta sobre si esos artículos, cumpliendo las normas editoriales, responden también al perfil editorial de la revista es desplazada a un lugar secundario.

En ese sentido, me siento en parte partícipe de un proceso a través del cual la perspectiva crítica y culturalista que caracterizó a *Comunicación y Medios* se desdibujó en los números siguientes, dando paso a una visión más neutra o “ecuménica” del campo que, a ojos de un observador externo, probablemente no se diferencie de las perspectivas y contenidos de otras revistas del campo. Me siento, en parte, responsable de ese proceso. Ahora, también, uno debe estar imbuido en la “máquina” para darse cuenta de que el proceso de indexación no opera naturalmente de esa forma, que no exige sacrificar la línea editorial ante la indexación: El equipo editorial decide finalmente qué se indexa y qué no. Hay revistas que han optado por dedicar una sección de artículos indexados y mantener otras secciones que las perfilan editorialmente, pero fuera de indexación. Podría, incluso, decidirse, por ejemplo, que la revista publique sólo ensayos, no de reportes de investigación o *papers*, pero que los ensayos serán revisados y cumplirán los requisitos. El sistema de indexación permite aquello. O, bien, decidir que la revista asumirá explícitamente una postura política de la comunicación que es tal o cual y que solamente recibirá artículos relacionados con esa perspectiva, bajo procesos de revisión de doble ciego. Y así. De alguna manera, el equipo editorial es el que decide cómo funcionará bajo el sistema de indexación, pero eso uno lo aprende después de haber vivido el proceso.

Este aprendizaje me permitió comprender cuáles son las nuevas lógicas y los mecanismos neoliberales que funcionan hoy en las universidades y en las unidades de investigación y publicación como mecanismos para promover, precisamente, la productividad “científica”. Y me refiero aquí a este escenario amplio por el cual nos damos cuenta de que los académicos colaboran o forman núcleos de investiga-

ción en la medida en que eso implique la obtención de fondos o adjudicarse concursos de agencias nacionales o extranjeras, la publicación de *papers* en revistas indexadas, y así. Porque es lo que da puntaje para las mediciones internacionales de los currículos y para figurar en rankings internacionales.

En cierto sentido, lo que hicimos con la revista, si bien profesionalizó el sistema de publicación, también incorporó a *Comunicación y Medios* a esta ola neoliberal de productivización y de capitalización del conocimiento, de transformación del conocimiento en capital cognitivo, que da un poco de escozor. Pienso: “bueno, ¿no podrá ser esto diferente?”. Mi apuesta hoy es que podría ser perfectamente diferente en la medida que las revistas puedan salvaguardar sus líneas editoriales y sus perspectivas científicas o sus perspectivas críticas acerca del campo, sin necesidad de sacrificarlas al cumplimiento de las normas y de los estándares de publicación que exigen y demandan los distintos índices académicos.

En ese sentido, yo creo que una buena *Comunicación y Medios*, hacia el futuro, podría ser una revista que pudiera expresar claramente una visión determinada acerca del campo de la comunicación. Que exprese, como publicación, un punto de vista. Que pudiera recuperar, a lo mejor, un sentido crítico espeso, profundo, en la selección de sus artículos. Que pudiera orientar sus publicaciones monográficas o que pudiera orientar sus perspectivas también en un sentido político, expresando la identidad y la cultura de la institución a la cual pertenece –eso supone que esa institución y esa cultura tienen que estar clara y explícitamente definidas previamente.

Me gustaba mucho algo que hacían las revistas en los años setenta y ochenta, que era reflejar la vida cultural de las instituciones a las que pertenecían y que, por lo tanto, no eran sólo revistas que publicaban artículos originales de académicos, sino que, además, se daban espacios, por ejemplo, para reflejar algo de la vida universitaria que ocurría al interior de esas instituciones.

Recuerdo haber leído revistas muy lindas que incluían secciones donde informaban sobre las tesis de grado defendidas durante el semestre, que incluían espacios para, por ejemplo, reproducir discursos o conferencias que habían marcado ciertos hitos en la discusión contingente, que permitían reseñar no sólo nuevas publicaciones, sino que tam-

bién las memorias de título o las obras de creación más destacadas del período de publicación de la revista. Informaban, por ejemplo, sobre los profesores que se iban o jubilaban, quienes se incorporaban, aquellos que fallecían o se homenajeaba a profesores o funcionarios destacados o que cumplían cierta cantidad de años de servicio o trayectoria. Revistas que reproducían documentos institucionales valiosos. Es decir, tenían una sección donde la vida institucional está contenida. De alguna manera la revista se transforma no solo en el medio de comunicación de la productividad científica del momento o en la expresión de la línea editorial de la publicación, sino que también se transforma en la memoria de la comunidad a la que la revista pertenece. Que no sea una revista sin identidad, solo un recurso de productividad, sino una publicación situada, en el sentido más pleno del término.

Esos serían elementos que me gustaría rescatar. Son, quizás, anacronismos, pero si uno lo piensa bien, no hay ninguna parte del ICEI hoy día donde uno pueda revisar ese tipo de huellas. Por ejemplo, ¿qué charlas se hicieron durante el primer semestre de este año? La revista que salga publicada en julio, por ejemplo, nos diga “en este primer semestre vino tal destacado activista, tal destacado artista a dictar esta charla”. Entrevistar a una personalidad prominente y, al mismo tiempo, indicar, por ejemplo, qué profesores se incorporan a los claustros, qué profesores o funcionarios cumplen veinte o treinta años de servicio. Qué estudiantes se graduaron con honores y de qué se trataron sus tesis. Mostrar que ellos no solo son números, que la docencia tiene sentido, que no se trata solamente de estadísticas de ingresos,

aranceles y acreditaciones. Dar espacio, por ejemplo, para que los estudiantes que están a cargo del Centro de Estudiantes de la Comunicación pudieran desplegar su palabra. Una revista que mantenga los criterios profesionales normalizados y estandarizados de publicación, que son fundamentales hoy día para incorporar los contenidos de la revista al universo científico y sus intrincados circuitos, pero que sea capaz de recuperar una perspectiva crítica y una perspectiva política (cuando digo política digo también epistemológica) respecto del campo y que, sobre todo, sea capaz de figurar la memoria de la vida universitaria que ocurre dentro de la institución a la que pertenece.

Celebro el cuadragésimo aniversario de la revista *Comunicación y Medios* y agradezco a los editores actuales por este espacio para compartir mis reflexiones y contar de mi paso por la revista. ■

Sobre el autor:

Hans Stange es escritor y académico. Doctor (c) en filosofía, estética y teoría del arte. Periodista. Ha sido profesor e investigador en la U. de Chile (2007-act.), U. de Santiago (2009), U. del Desarrollo y U. Santo Tomás (2007-2009), y profesor invitado en la U. de la Frontera, Temuco. Editor de la revista *Primer Plano*.